

TITO Y LA POLITICA NORTEAMERICANA E N Y U G O S L A V I A

Cuando el 28 de de junio de 1948 la Kominform, reunida en sesión plenaria en Bucarest, lanzó su anatema sobre Tito y su régimen, para los conocedores del historial de los varios partidos comunistas europeos y de la complicada problemática balcánica en particular, no cabía desde el primer instante la menor duda de que se había producido una escisión grave y definitiva en el bloque que hasta entonces parecía monolítico. Los órganos de información mundial dieron en aquella ocasión innumerables pruebas de superficialidad e incompetencia haciendo fantásticas conjeturas y profecías: fueron muchísimos —también entre los «generalmente bien informados» — los que sostuvieron que si no se trataba de un simple truco moscovita, se trataría, a lo sumo, de una pequeña riña de familia que pronto se vería arreglada. Pero los antecedentes, y especialmente los términos en que fué redactada la condena del Kominform, no admitía tales eventualidades. Los dirigentes del CK KPJ (1) nunca tuvieron ilusiones sobre un posible arreglo, y tan sólo entre los gregarios comunistas, tal vez había algunos que creían que se podría volver a la «tradicional amistad y alianza con la U. R. S. S.», sobre la cual se basaba toda la lucha contra los invasores, y que durante siete años se venía inculcando a los pueblos de Yugoslavia por la máquina propagandista con la inteusidad y pertinacia propias a toda propaganda totalitaria.

En tanto se esfumaban las últimas esperanzas y mientras el bloqueo de Berlín atraía el sensacionalismo de la opinión pública, se perfilaba ya con toda claridad que las relaciones entre el Occidente y el Oriente entraban en una nueva y muy espinosa fase en uno de los sectores políticamente más delicados del continente.

Querámoslo o no, el único contrapeso serio al expansionismo impe-

(1) *Centralni Komitet Komunističke Partije Jugoslavije* = Comité Central del Partido Comunista Yugoslavo.

rialista de la Unión Soviética en Europa son los Estados Unidos. Por tanto, era imprescindible para esta gran potencia tomar desde el primer momento una posición definida, valiéndose de las grietas producidas en el bloque oriental a consecuencia de las discrepancias en el campo comunista, que encontraron su manifestación más adecuada en la rebelión de Tito contra el Kremlin. Antes de someter los principios y el desarrollo de la actitud estadounidense a un análisis, que nos demostrará que — contrariamente a las apariencias — la política del Departamento de Estado sigue una línea bien determinada, sin que los cambios personales en la dirección de los asuntos exteriores causen un cambio de la postura fundamental de los Estados Unidos, será útil recapitular los elementos esenciales para trazar el cuadro que queremos presentar.

Aunque sería de gran interés descender hasta los principios de la discordia que por necesidad lógica ha conducido a la ruptura abierta, y cuyos síntomas podemos inconfundiblemente percibir ya en la reunión de la Komintern en 1936 (2), debemos limitarnos a exponer la serie de aquellos hechos que determinaron directamente la posición asumida por los Estados Unidos.

* * *

En primer lugar, está el hecho mismo del cisma dentro del Bloque comunista. Es evidente que debieron ser muy graves y profundas las razones que movieron a los dirigentes del comunismo europeo a admitir ante sus adversarios y ante sus propias huestes que, a pesar de los treinta años que llevaba de vida la Internacional comunista y después de una guerra ganada con un indecible esfuerzo común, no sólo no se había logrado crear una sincera solidaridad en las filas de sus propios afiliados, sino que se había producido una desviación doctrinal, hasta el punto de exigir categóricamente una ruptura abierta con los «traidores». Se ha creado un abismo infranqueable (3) que, como es notorio por la

(2) En esta ocasión, el entonces secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos, Rober Lowstone, pedía la más amplia autonomía para la acción de los partidos en los distintos países, a lo que se opuso con máxima energía el propio Stalin. El único defensor de la tesis de Lowstone fue el camarada Tito.

(3) Una documentación detallada se puede encontrar en tres publicaciones oficiales a propósito (citamos la edición francesa): 1.º *Déclaration du Comité Central du Parti Communiste Yougoslave à propos de la résolution du Bureau d'Information*; ed. *Jugoslavenska Knjiga*, Belgrado, 1948. 2.º El texto íntegro del discurso de ocho horas que Tito pronunció en el Quinto Congreso del Partido Comunista Yugoslavo; ed. *Le livre Yougoslave*, París, 1948, 156 páginas.

3.º El texto del definitivo balance dialéctico hecho por Mosa Pijade en ocasión del Décimo Congreso del P. C. de Serbia; *Questions litigieuses*, París, 1948, 30 págs.

prensa diaria, ha provocado una serie de casos análogos en todos los países del Bloque oriental y entre los comunistas en los países occidentales.

Fué este el hecho con el cual los Estados Unidos contaron desde el primer día, considerando a Tito como un excelente peón que podía ser aprovechado para desmoralizar al principal enemigo dentro de su mismo campo. En este sentido se hizo eco toda la prensa norteamericana, glorificando a Tito como un héroe que se ha atrevido a oponerse a la presumida omnipotencia de Moscú. Mas, en realidad, el estado de cosas no era exactamente éste. El fenómeno del *titoísmo* ha suscitado simpatías también en muchas naciones anticomunistas. Se conjeturaba sobre un «nacional-comunismo», con el cual se podría transigir y asegurar la paz olvidando aquel ingenioso dicho, según el cual «todos los comunistas son iguales, pero hay entre ellos algunos que son más iguales que los otros». Por esto, tales simpatías esconden incalculables peligros.

Dentro del Bloque oriental los efectos fueron, en gran parte, contraproducentes, ya que en seguida se procedió en todos los países satélites a un despiadado aplastamiento de todo lo que podía ser una «desviación de la línea».

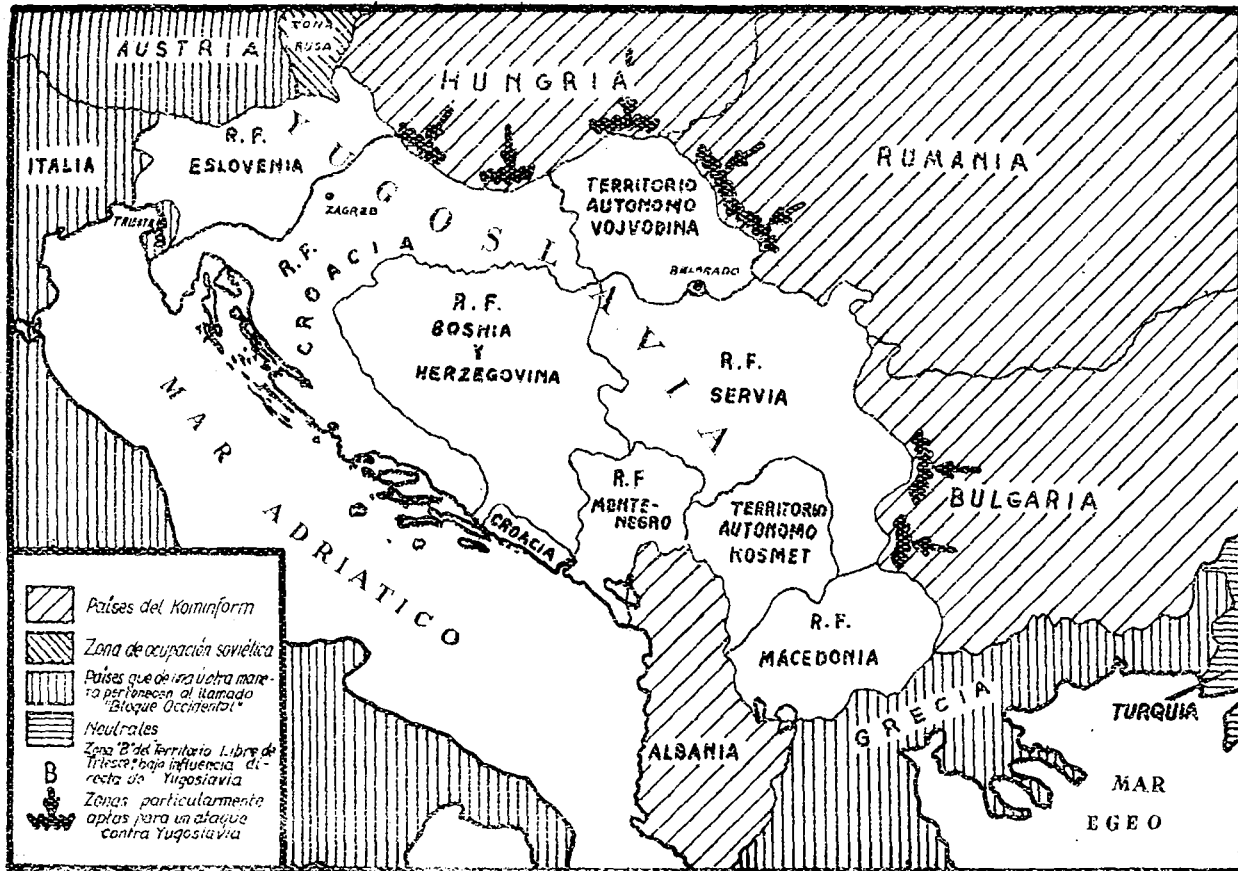
Además, es preciso tener presente que Tito en ningún caso puede erigirse en un «heresiarca» del comunismo. En primer lugar, porque él mismo no quiere serlo, confirmando repetidamente su «ortodoxia» leninista. Y en el caso de que quisiera de verdad ponerse al frente de un cisma de gran estilo, le faltaría la talla y por completo el indispensable «entourage» que sería preciso para una empresa de tal altura. Tito es un pequeño sátrapa, y sus colaboradores son, con pocas excepciones, unos arrivistas, sin tener las necesarias calidades ideológicas y políticas. Tito puede mantenerse no sólo en el poder, sino con vida, tan sólo gracias al equilibrio inestable que ahora está vigente en Europa. Al primer golpe, viniera éste de cualquier parte, desaparecerá sin dejar rastro. La situación interna en Yugoslavia sigue con todas sus cuestiones políticas sin resolver (los croatas que rechazan cualquier convivencia con los serbios, la cuestión de Macedonia, la catastrófica situación económica, etc.). Tal vez sea esta la razón que nos explique la política adoptada por los Estados Unidos, que a continuación expondremos: es preferible que Tito quede siendo comunista y que no consiga resolver los problemas internos, porque así siempre se podrá tener el pretexto para quitarle

de en medio cuando llegue a procederse a la sistematización definitiva de aquel espacio.

Las repercusiones de la ruptura entre Tito y la U. R. S. S. con sus satélites en el ámbito de la política exterior, tampoco pudieron dejar de afectar a los Estados Unidos. Antes que todo hay que destacar que Tito ha contribuido, de hecho, considerablemente a la terminación de la guerra civil en Grecia, con lo cual se apagó un peligrosísimo foco en el Mediterráneo. Otro efecto notable es el desinterés mostrado por la U. R. S. S. con relación a Trieste y la Carintia, dos reivindicaciones de Yugoslavia que afectaban el prestigio personal de Tito y de su ministro de Asuntos Exteriores. El alcance de esto es mayor de lo que parece, porque, prácticamente, hizo retroceder a la U. R. S. S. desde el Adriático al Danubio, ya que Albania, que sigue siendo un aliado fiel, no puede ser considerada, por muchas razones (primariamente geopolíticas) como un factor serio en el Mediterráneo, de lo que nos da mejor prueba la más reciente actitud de Moscú frente a Tirana. Pero, al mismo tiempo, el abandono de las posiciones sobre los Alpes Julios y en el Golfo de Trieste hacen poco probable que los soviéticos estuviesen dispuestos a dejar sus líneas más avanzadas en el suroeste; por tanto, se aplazará indefinidamente el acuerdo acerca del Tratado con Austria.

* * *

Estos serían, a grandes rasgos, los hechos que determinaron, y que siguen determinando, la política estadounidense hacia Tito. Los Estados Unidos tienen una política de grandes concepciones y siempre calculada para grandes plazos. Por eso nadie debía extrañarse si el Departamento de Estado asumía en el caso de Tito una actitud realista, incluyendo en sus maniobras las discordancias en el Bloque comunista. Se había dado completamente por olvidado el famoso incidente con ocasión del derribo de los aviones estadounidenses sobre el territorio de Yugoslavia, ocurrido en agosto de 1946, que estuvo a punto de crear una situación de máxima tirantez —mucho más de lo que entonces se suponía—. Al bastante intransigente Patterson había sustituido como embajador en Belgrado Cavendish Cannon, que durante toda su permanencia en la capital yugoslava (marzo de 1948-noviembre de 1949), y especialmente después del anatema del Kominform, se esforzó en convencer



NOTA.—Los confines de las repúblicas federales no coinciden con los confines étnicos e históricos nacionales e regionales.

al Departamento de Estado que convenía ayudar a Tito, en vista de su acción discordante entre los comunistas. Su tesis fué aceptada y se procuró ayudar al «desviacionista» para que no sucumbiera en la desigual lucha. Durante los primeros meses era difícil ver con toda claridad todos los matices de tal política, y lo que sobre esto se fué publicando carece, en su mayor parte, de una fundamentación documental. La verdadera índole de las relaciones entre los Estados Unidos y Yugoslavia se perfiló claramente sólo después de acabarse el primer año de la controversia Tito-Kominform.

Por un lado, él había perdido todo el apoyo político y económico de la U. R. S. S., por insignificante que este último haya siempre sido. Mucho más significaba para Tito el comercio con los satélites. Era muy importante la importación de maquinaria de Checoslovaquia y de gasolina de Rumania; además, Yugoslavia percibía muchos materiales necesarios para la industrialización en concepto de reparaciones bélicas por parte de Hungría. Todas estas fuentes se secaron con la rotura «ideológica».

Por otro lado, la realización de su ambicioso plan quinquenal —irrazonable e irrealizable con cualquier ayuda— llevó al por sí mismo riquísimo país al borde de la ruina (4). Desde el Occidente, es decir, de los Estados Unidos, porque de los otros no puede esperar gran cosa, la ayuda que recibía era escasísima y exclusivamente de carácter económico. A mediados del año pasado Tito se encontraba por completo aislado políticamente, y fué entonces cuando Kosanovich, embajador de Yugoslavia en Washington, declaró a la Prensa que «Yugoslavia no se halla en la órbita soviética» y que las relaciones con la U. R. S. S. «no son buenas»...; declaraciones que en los años anteriores costaron a no pocos la vida. Era evidente que su destino ya estaba sin remedio en las manos de los Estados Unidos, aunque el mismo Tito, con el coro de sus acólitos, continuaba lanzándose en sus discursos violentamente contra los «imperialistas-capitalistas que preparan una nueva guerra» y contra los «reaccionarios» en general. No faltaban en el país procesos espectaculares contra grupos de la resistencia croata, en los que una de las más graves acusaciones fué siempre la de «colaborar con los imperialistas angloamericanos». La propaganda continuó siendo, como en los me-

(4) Es muy interesante el propósito de exponer el conjunto de los problemas del comercio exterior de Yugoslavia por la revista *Soviet Russia Today* (New-York), que en su número de enero de 1950 publica el primer artículo de una documentadísima serie.

jores tiempos del idilio con los soviets, destacadamente antinorteamericana. Fué esta la única manera de desmentir las continuas y apasionadas recriminaciones, provenientes de todas partes de la grey kominformista, que tachaban a Tito el ser un vendido al capitalismo imperialista (5). Los Estados Unidos hacían caso omiso de la propaganda antiamericana en Yugoslavia, porque a ellos les importaba Tito como una realidad política. Era entonces manifiesto que Tito había conseguido en el primer año eliminar el peligro inminente por parte de la Kominform y que también los «reaccionarios» (o sea la inmensa mayoría del país) prefieren a Tito mejor que a un Rokosovsky. Otra razonable alternativa no existía. Además, la situación económica en todos los países satélites de Moscú empeoraba de día en día, como lo puso en evidencia la Conferencia del Consejo Económico en Ginebra; por consiguiente, Tito no tenía más remedio que poner sus únicas esperanzas en una ayuda por parte de los Estados Unidos. Se sabía que para él no había otra salida, dado el aislamiento de los kominformistas y la situación desastrosa en el país. En el conjunto de la situación política general, interesaba a los Estados Unidos sostenerle tanto cuanto fuese necesario para que resistiera a los aliados de ayer. Se adoptó la máxima ignaciana «In tantum in quantum». Con esto, entonces, no se arriesgaba nada, porque la posibilidad de un conflicto armado a causa de Tito no fué más que un juego de fantasía de la prensa.

Es preciso poner de relieve que Tito esperaba del Occidente una ayuda mucho más grande, y sólo después de un año se dió cuenta de que en los puestos responsables de la política estadounidense había, en realidad, poca simpatía para él y para su régimen de forzada socialización. La ayuda efectiva recibida en el curso del primer año se redujo a la ridícula suma de dos millones de dólares en lugar de los cincuenta millones que él pedía. Y, lo que es más grave, Tito tenía que someterse al procedimiento regular, permitiendo que una Comisión del Banco prestamista examinase *in facie loci* la situación económica y se cerciorase

(5) Para dar tan sólo uno de los numerosos ejemplos, nos referimos al *Novoje Vremja* (Moscú), que en su número del 23 de junio de 1949, conmemorando el primer aniversario de la condena del Kominform, dirige un llamamiento al «pueblo trabajador de Yugoslavia» para liquidar el «régimen de los traidores del socialismo». A continuación se afirma que la «clique troskista» ha transformado a Yugoslavia en una semicolonias de *Wall Street* y de la *City* londinense. Se ataca a Tito, que avende a los imperialistas americanos material de importancia estratégica, como cromo, cobre, cinc, etc., quitándolo de la boca (*sic*) de los trabajadores y transformándose en una filial imperialista, que no se abstendría de ningún crimen en su acción provocadora contra la U. R. S. S. y los países de la democracia popular.

de la solvencia del deudor. Sabiendo que la situación económica en todos los países comunistas está incluida en los secretos de Estado, es evidente que a Tito no le sobran caminos a elegir. La Comisión parece no haber tenido mucha prisa, y así, incluso aquellos dos millones de dólares quedaron por largo tiempo tan sólo como una noticia periodística. Pero como esta noticia se repetía, el mundo tenía la impresión de ríos de divisas que corrían a través del Atlántico a Yugoslavia. Mientras tanto, Tito necesitaba urgentemente mucho más de lo que se le concedía.

Cuando a mediados del año pasado el representante yugoslavo para las cuestiones económicas en Washington, Filipovich, pidió una declaración oficial del Departamento de Estado respecto a las solicitudes de préstamo que Yugoslavia presentó a la *Import-Export Bank* y al *Banco Internacional*, recibió una contestación evasiva: «se podría encontrar una actitud favorable» y una promesa bastante vaga de que «se tomaría en consideración el asunto». Poco después el embajador Sava Kosanovich tuvo una breve entrevista con Dean Acheson (6), acerca de las eventuales condiciones para obtener un préstamo más grande. Inmediatamente después Kosanovich se dirigió en avión a Belgrado, y ya el 10 de julio, Tito pronuncia su famoso discurso en Pola.

El discurso ha sido bien caracterizado por el *Times* (7), que calificó a Tito como un muy hábil déspota que claramente sabe que no cuenta con las simpatías de los aliados occidentales y que sin concesiones no le sería posible lograr una ayuda. Pero como le es imposible acceder a tales concesiones en el campo interior, porque *ipso facto* se acabaría con su poder, «el mariscal Tito anunció hábilmente una serie de concesiones que estaría dispuesto a hacer de propia voluntad e iniciativa. En vez de hacer estas concesiones como una compensación por los préstamos, Yugoslavia las ha hecho por adelantado». En el discurso, Tito afirmó que no tenía la intención de perturbar la paz mundial a causa de Carintia, que estaría dispuesto a discutir la cuestión de Trieste y que había decidido cerrar la frontera con Grecia. En cuanto a Trieste y Carintia, se trata de auténticos sacrificios, que significan una vuelta de 180 grados en la política seguida hasta entonces. En cuanto a Grecia,

(6) Esta conversación tuvo lugar después de la entrevista celebrada en París el 12 de junio de 1949 entre Acheson, Cannon y Harrimann, y en la que --entre otras cosas-- se examinó la posibilidad de ampliar el intercambio comercial entre los Estados Unidos y Yugoslavia. Una posibilidad de incluir a Yugoslavia en el Plan Marshall o en el ERP no ha sido tomada en consideración.

(7) En el número del 14 de julio de 1949.

para disfrazar las verdaderas razones, encontró la fórmula: impedir a las bandas monárquico-fascistas que se infiltren en territorio yugoslavo.

Kosanovich, que estuvo presente en el discurso de Pola, se trasladó en seguida a Belgrado, donde celebró una reunión con Cavendish Cannon, mientras tres días después del discurso, el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas griegas anunciaba la toma de Kaimakchalan y la total ocupación de la frontera griego-yugoslava.

Mas en el mismo discurso, Tito subrayó con mucha insistencia que no se podía hablar de ninguna clase de concesiones en la política interior para recompensar la ayuda económica. Reconoció la necesidad de una ayuda, pero, «si no la podemos recibir sino a precio de tales concesiones, Yugoslavia encontrará la manera de arreglarse sola». En aquella época, un especialista del *Economist* afirmó que la situación económica de Yugoslavia era insostenible aun con una ayuda.

Los Estados Unidos prescindieron de concesiones de política interior y se decidieron a sostener a Tito en la medida necesaria para que se mantuviera, porque con su existencia creaba en todo el Bloque oriental una atmósfera de pesadilla. Ya el 17 de julio de 1949 el corresponsal del *New York Times* abogó cálidamente por una inmediata y más amplia ayuda a Tito para salvarle del bloqueo al que estaba sometido.

Fué este período el que en un cierto sentido podemos llamar crítico para la política de los Estados Unidos hacia Tito. Existían dos opiniones. El embajador en Belgrado sostenía la tesis de que era imprescindible dar Tito todo lo que necesitase, sin crearle —por lo menos momentáneamente— dificultades en el interior exigiendo concesiones en este ámbito. Otra era la opinión sostenida por Robert Joyce, que antes de la guerra estuvo como diplomático en Belgrado y después de la contienda fué Consejero del Mando Militar en Trieste, hasta que en 1949 fué nombrado miembro del *Planning Board*, al que incumbe fijar las directrices de la política exterior. Según su parecer, Tito había ya superado la fase más crítica en su controversia con el Kominform y no existía el peligro real de un ataque armado contra Yugoslavia; los kominformistas se limitarían al bloqueo económico y a minar sediciosamente al régimen yugoslavo por medio de la propaganda y con el envío de agentes y grupos de saboteadores. El Kremlin —según pensaba Joyce— ya se había dado cuenta de la imposibilidad de arrojar a Tito en la constelación de entonces, y que era oportuno limitarse al aislamiento del «des-

víaacionismo». En consecuencia, cualquier ayuda a Tito tenía que ser condicionada con bien determinadas recompensas, en el sentido de una liberalización del régimen. Por de pronto, se trata de diferenciaciones que no son más que tácticas, ya que la línea general queda idéntica para los dos conceptos. Parece que ha prevalecido el concepto de Yoyce, que desde el comienzo tuvo las simpatías de Acheson. En noviembre de 1949 fué sustituido el embajador en Belgrado, Cannon, y con esto se inicia una nueva fase en la política hacia Yugoslavia. Pero bien entendido, se trata más bien de una nueva fase temporal; no de ningún cambio radical, sino de un nuevo matiz de la actitud del Departamento de Estado.

En el intermedio hubo contactos entre Tito y otras potencias occidentales, con varios frutos concretos; nosotros nos limitamos en esta exposición exclusivamente a los Estados Unidos.

* * *

Como sucesor de Cannon fué nombrado George W. Allen, diplomático con veinte años de experiencia práctica. Fué jefe de misión en Teherán, en un período de gran tensión entre Irán y la U. R. S. S. (1946-48). A principios de 1948 le dieron el cargo de secretario-adjunto para los asuntos públicos; como tal dirigía las emisiones de *La Voz de América* y formaba parte de la Delegación en la U. N. E. S. C. O. Es un buen conocedor del comunismo. Cuando en octubre pasado se reunieron en Londres todos los representantes de los Estados Unidos en los países detrás del telón de acero, también Allen fué invitado a tomar parte; evidentemente era ya, *in pectore*, el sucesor de Cannon.

La fase iniciada por Allen, repetimos, no significa ningún cambio esencial, sino es más bien una evolución lógica en vista del desenvolvimiento de la situación general. Pero esta fase tiene una característica especial: se produce un viraje en la opinión pública norteamericana. Hay que distinguir bien dos cosas: la política oficial y las manifestaciones de la opinión pública. En los Estados Unidos, país auténticamente democrático, es factible que la política oficial y la opinión pública vayan por caminos distintos. Mas también en los países democráticos la política oficial respeta, y en un cierto modo hasta sigue, la opinión pública, lo que los distingue de los países no democráticos, donde la opinión pública tiene que seguir ciegamente a la política oficial.

El 22 de diciembre, el Presidente Truman ha declarado a la prensa que su país está dispuesto a defender la independencia de cualquier pequeña nación amenazada. «Nosotros —dijo— somos contrarios a una agresión a Yugoslavia como a cualquier otro Estado, y somos de la misma manera benévolos con respecto a la soberanía de Yugoslavia.» Palabras muy fuertes y explícitas, que son una advertencia inequívoca a la U. R. S. S. para que se abstuviera de aventuras. Al mismo tiempo sería erróneo interpretarlas como una garantía al actual *régimen* yugoslavo, como se apresura a señalar el corresponsal del *New York Times*, M. S. Handler. El mismo periodista, que hace un año abogaba por una incondicionada ayuda a Tito, con ocasión de la firma del convenio aeronáutico entre los Estados Unidos y Yugoslavia (al cual la prensa dió mucha más trascendencia de la que en realidad tiene), hizo el siguiente comentario: «La firma del convenio aéreo es un nuevo paso hacia el regreso de Yugoslavia a la sociedad normal de naciones. Fueron únicamente el modo de obrar y las actitudes de Tito las que determinaron su exclusión de esta comunidad. Es sabido que Tito cambió su actitud únicamente por haber sido condenado y expulsado del Kremlin. Sería naturalmente falso considerar este acto como un acto de reconocimiento de la dictadura de Tito.»

El 25 de enero de 1950 tuvo lugar la solemne entrega de las cartas credenciales de Allen al *Presidium* de la FNRJ (8). Las partes más significativas de su discurso dicen (9): «Puedo asegurar a Su Excelencia que procuraré incesantemente promover la cooperación de nuestros Gobiernos y fomentar el desarrollo de las relaciones amistosas sobre la base del respeto recíproco de los principios de igualdad y autodeterminación que son principios fundamentales de las Naciones Unidas. Confío en una realización de relaciones más estrechas en todos los campos entre nuestras naciones, y para esta tarea encuentro la mejor inspiración en la larga y sólida amistad del pueblo de mi país hacia el pueblo de Yugoslavia, la cual ha conseguido con su resistencia heroica y tradicional la admiración de todo el mundo.»

Cuatro puntos en este discurso merecen una atención: 1.º Se recalca el principio de soberanía e igualdad que es la tesis sostenida por Tito frente a Moscú. 2.º Cuando Allen subraya el principio de autodetermi-

(8) FNRJ = Sigla oficial del nombre de la actual República Federal Popular Yugoslava.

(9) Citado según el *New York Times* del 26 de enero de 1950.

vación (que para los americanos equivale al derecho de que el pueblo elija libremente la forma de gobierno) declara implícitamente que esta cuestión en Yugoslavia no está todavía resuelta. 3.º Hablando de la amistad, se refiere a la amistad entre los pueblos y no entre los Gobiernos. 4.º Se nota que tampoco Allen tiene una idea exacta sobre la espinosa cuestión nacional en Yugoslavia o que, por lo menos, ahora no quiere tocarla; de lo contrario, no se le habría podido escapar la expresión «el pueblo de Yugoslavia»; porque tal pueblo no existe, siendo este Estado un compuesto artificial de varias naciones con bien definidas características, étnicas, culturales, lingüísticas, etc., para no hablar del antagonismo político entre ellas. De todos modos, estos cuatro puntos es preciso tenerlos presentes como indicios de las ideas que ahora predominan en Wáshington acerca de Yugoslavia.

En cuanto al cambio que se verificó en los órganos de la opinión pública estadounidense, nos limitamos a señalar unos pocos ejemplos. Inmediatamente después de su vehemente conflicto con el Kominform, Tito gozaba en los Estados Unidos de una simpatía casi incontrastable. Los periódicos, las revistas, los grandes semanarios se emulaban entre sí glorificando desproporcionadamente a José Broz. Pero, poco a poco, el clásico buen sentido que distingue al pueblo yanqui se hizo sentir también en la prensa. A las esporádicas voces que advertían que Tito es un dictador que tiene sometidas a la fuerza varias naciones, para la liberación de las cuales los soldados de la bandera estrellada entraron en la gran contienda, se iban uniendo voces de cada vez más peso. El conocido publicista y escritor Bogdan Radica, que conoce a Tito muy de cerca, publicó el día 7 de noviembre de 1949, en el *New York Times* un editorial que es un verdadero toque de alarma. Exige enérgicamente que se pongan condiciones concretas a la ayuda que de hecho alimenta el terrorismo de Tito. Refiriéndose a que recientemente los Estados Unidos habían conseguido la elección de Yugoslavia en el Consejo de Seguridad, Radica observa que esta victoria americana no ha podido ser aprovechada para demostrar la fuerza de sus propios principios democráticos, sino que era sencillamente una pequeña victoria en la gran batalla con el Kremlin, que aun cuando pierde un puesto en el Consejo de Seguridad, conquista continentes...

Significativo es también el artículo de Reuben H. Markham, aparecido poco antes de su muerte (29-12-1949) en la revista *The American*

Mercury. Markham conoce profundamente el Sureste europeo, donde vivió veintitrés años en contacto directo con los varios pueblos. Plantea la cuestión de la ayuda a Tito en términos muy enérgicos. En su artículo, titulado «Tito—our moral problem—», pone en evidencia que el comunismo de Tito no se diferencia en nada del comunismo kominformista, y afirma que la actual política de los Estados Unidos está en abierta contradicción con sus obligaciones morales frente a las naciones oprimidas por el totalitarismo rojo.

Para no ir demasiado lejos, nos limitamos, finalmente, a mencionar el artículo de la más difundida revista, *Time*, del 30 de enero de 1950, que se puede considerar como un golpe muy rudo a todo filotitoísmo en América. El jefe de redacción en París, André Laguerre, en su *Report on Yugoslavia*, somete a una bien documentada y cerrada crítica, tanto la situación en Yugoslavia como la política adoptada por los Estados Unidos. Creemos oportuno citar unos párrafos de este artículo, porque nos demuestra cómo los mismos americanos ven la política de su Gobierno :

«En esta situación tan complicada, los Estados Unidos están llevando a cabo en Yugoslavia la política quizá más sensata y difícil que se ha seguido nunca en Europa. Consiste en ayudar a Tito (hasta un crédito de veinticinco millones de dólares) sin pedir nada a cambio. «Tito es un hijo de perra», hizo notar mordazmente un americano en Zagreb; «pero actualmente es *nuestro* hijo de perra.» Esta política de los Estados Unidos ha sido llevada a cabo con gran habilidad, tacto y sangre fría por los representantes de los Estados Unidos en Belgrado.

Al adoptar su actual política, los Estados Unidos han aceptado también algunas graves responsabilidades, abandonando la política de contención hacia Rusia para pasar al contraataque. Al ayudar a Tito, los Estados Unidos no están solamente defendiendo sus derechos legales, como en Berlín; están atacando a Stalin en lo que él considera como su terreno propio. Es más: están sosteniendo un asalto político organizado contra toda la poderosa estructura del imperialismo soviético, arriesgándose con ello a empujar a Stalin hasta el punto en que considere amenazada su propia seguridad.

Por justificado que pueda estar desde un punto de vista político el ayudar a Tito contra Stalin, los Estados Unidos deberían darse cuenta de lo que están haciendo. Si la intención de los Estados Unidos es el procurar a Tito una ayuda militar efectiva en el caso hipotético de una in-

vasión soviética, existe un poderoso argumento en favor de que tal intención sea proclamada públicamente.

No hay duda de que sería un freno poderoso para la invasión soviética. Y, probablemente, el interés de los Estados Unidos no es que Rusia ataque a Yugoslavia, sino más bien que Tito esté en condiciones de continuar su política ofensiva contra Moscú. La mayoría de los americanos residentes en Yugoslavia están de acuerdo en que lo que los Estados Unidos no deberían hacer es: 1.º, prometer una ayuda y luego no darla, y 2.º, no prometer esta ayuda cuando verdaderamente la intención de los Estados Unidos es concederla.

Hasta ahora el Gobierno yugoslavo no ha recibido ninguna seguridad de ayuda militar por parte de Washington.

Según la clara visión de los políticos occidentales, es de vital importancia no dejar de tomar en consideración el comunismo yugoslavo. Dentro de su territorio y ante los comunistas de otros países, Tito insiste en que Yugoslavia es más comunista que Rusia. Ante las democracias occidentales va extendiendo, discreta e insidiosamente, la impresión de que Yugoslavia se está acercando poco a poco al liberalismo. Esta fué la línea de conducta que me dió confidencial y oficiosamente cada comunista con el que tuve ocasión de hablar.

La gente va creyéndoselo día a día. Cuando yo estuve en Yugoslavia, una Comisión de miembros laboristas del Parlamento británico había sido invitada para efectuar un recorrido por el país. Más tarde, uno de sus miembros me dijo: «Tuvimos libertad para ir donde quisimos, y verdaderamente nos impresionó lo que vimos... Estoy convencido de que Yugoslavia avanza hacia la política de nuestras democracias occidentales.» Y así siempre. Un *totalitarismo* semejante recuerda mucho a aquellos conservadores británicos que hacia el año treinta y tantos regresaban llenos de entusiasmo de los Congresos de Hitler en Nürnberg.

La verdad es, sin embargo, que Yugoslavia es un Estado comunista, anormal y degradante. Tiene una nueva aristocracia: los jefes comunistas, que pasean en sus *Buicks* por Dedinje; una nueva clase media de altos funcionarios y un nuevo proletariado, mayor en número y más pobre que el antiguo. Ciertamente se han construido muchas cosas y que se han mejorado algunas tierras. Pero a costa de un nivel de vida *infrahumano*, de una infinita pobreza, de la imposibilidad de distinguir entre la verdad y el engaño, y de un régimen social en el que los peores crímenes que pueden cometerse son adorar a Dios y decir «no» al Estado.»

* * *

Quedan por examinar los efectos que la política de los Estados Unidos produce en Yugoslavia. Como en todos los Estados totalitarios, hay que distinguir netamente entre el régimen y el pueblo (en nuestro caso, entre los varios pueblos).

Algo pudimos ya entrever en el párrafo que acabamos de citar del *Time*. Desde luego, al mismo tiempo que es imposible poner en duda la autenticidad del comunismo de Tito y el carácter despótico de su régimen, se vislumbran algunas tentativas de dar la apariencia de buena voluntad para volver a un cierto liberalismo (10). Pero, por otro lado, otras disposiciones recientes son una prueba de que Tito no piensa dejar su monstruoso plan quinquenal ni la socialización progresiva del país. El redactor político de *Croatia-Press* —la mejor fuente de noticias sobre la situación yugoslava— hace observar en uno de sus recientes comentarios cómo todo lo que tiene el aspecto de unas concesiones políticas con aparente finalidad democrática, es más bien testimonio del sentido realista y de la habilidad de los actuales gobernantes yugoslavos que un efecto de la política norteamericana.

El mismo mariscal Tito, en su discurso en vísperas del Año Nuevo, hablando de los préstamos recibidos del Occidente, dice que éstos son insignificantes y prácticamente realizables apenas en el curso de los años 1950-51. Por tanto, afirma solemnemente el mariscal que todo lo logrado hasta ahora es fruto exclusivo de las «callosas manos de los trabajadores de nuestras minas, bosques, fábricas, campos, etc.» Continuando, pone de relieve: «Todo ciudadano nuestro tiene que saber que nadie nos ha pedido, ni nosotros nunca estaríamos dispuestos a dar, concesiones políticas de cualquier clase en concepto de compensación para convenios comerciales o similares. Esto lo difunden tan sólo nuestros calumniadores, que estallan de rabia por no haber conseguido aislarnos del Occidente, como lo han conseguido del Oriente... Para nos-

10) Así, p. e., el CK KPJ, en su reunión al final del año pasado, ha decidido volver al tipo clásico de enseñanza media, de reintegrar a los cuadros docentes los elementos eliminados por razones políticas; un portavoz ha llegado a afirmar incluso que el Partido no puede tener la última palabra en lo que se refiere a los estudios y a la ciencia. Además, el Parlamento Federal, en su sesión del 20 de enero de 1950, acordó (con un solo voto en contra) modificar sensiblemente la Ley Electoral, de manera que se pueda presentar como candidato cualquier ciudadano que consiga reunir cien firmas en su distrito electoral, lo cual hace posible (en teoría) la constitución de una fuerte oposición parlamental, aunque —según afirman las *Neue Zürcher Zeitung* del 26 de enero de 1950— todos los corresponsales y observadores extranjeros en Belgrado estén convencidos de que no habrá nadie que se atreva a presentar su candidatura en la nueva forma.

otros, una tal colaboración económica con el Occidente será de una no pequeña utilidad para acelerar la socialización de nuestro país» (11).

Sin embargo, Wáshington persiste en su actitud. Mientras en el curso de 1949 se concedieron a Tito varios préstamos por un total de 34.700.000 dólares (más los 8.000.000 de libras, que equivalen a cerca de 22.400.000 dólares), la *United Press* anunció el 2 de marzo un nuevo préstamo del *Export-Import Bank* por veinte millones de dólares. De éstos, quince millones están destinados a la modernización de la industria minera, y los restantes cinco millones para la adquisición de productos americanos, que serán empleados para el perfeccionamiento y desarrollo de la industria yugoslava de exportación. La *A. F. P.*, en una noticia de la misma fecha, precisa que este préstamo quedará disponible hasta el 30 de marzo de 1951 y que será devuelto en plazos semestrales a partir del 1 de enero de 1954, con un interés del 3.5 por 100. El Director del Consejo Administrativo del Banco prestamista declaró que el empréstito importa una suma doble de lo que se esperaba, y que el material que será cedido a Yugoslavia con arreglo a lo concertado se encuentra ya dispuesto para el envío.

Sería difícil — por ahora — conjeturar qué relación tiene esta nueva concesión con la serie de manifestaciones anti-occidentales que culminaron en el discurso pronunciado por Tito en Uzice el 18 de febrero de 1950 y el reconocimiento yugoslavo del Gobierno de Ho-Chih-Minh. Estas dos manifestaciones han sido interpretadas generalmente como una amenaza abierta de prescindir de una colaboración con el Occidente. «Preferimos andar descalzos y renunciar a una parte de nuestro plan quinquenal — dice Tito en el mencionado discurso — que hacer de nuestros principios un objeto de negocios.» El embajador Allen se apresuró a convocar el día 19 de febrero a una conferencia de prensa para reafirmar que los Estados Unidos siguen su política de no intervención en los asuntos internos de Yugoslavia y que no se exigen ningunas concesiones políticas en cambio de los préstamos que se van concertando, como no se habían exigido ni para los empréstitos anteriores.

Es muy lógico que el efecto de la ayuda económica por parte de los Estados Unidos, y mucho más el implícito apoyo moral, cause en el país una extraña impresión, especialmente después de que al fin y al

(11) Citado según el texto íntegro publicado en *Politika* (Belgrado), núm. 13.436, del 1 de enero de 1950

cabo resulta que toda esta ayuda viene dada incondicionalmente. En este marco no cabe el sombrío cuadro de la actual situación política y económica en la FNRJ, que nos haría comprender la perplejidad de los adversarios de Tito, que ya no saben de dónde esperar la liberación. Allí todo el mundo está pendiente de lo que hacen los Estados Unidos. El ya mencionado corresponsal del *New York Times*, Handler, transmite a su periódico, doce horas después de la declaración de Truman, la profunda consternación causada por las palabras del Presidente de los Estados Unidos, sin que los órganos de información yugoslavos hayan dado excesiva publicidad a lo que el Gobierno mismo no creyó poder tomar como una garantía.

* * *

Concluyendo esta breve exposición, que se limitó a exponer lo que por otras partes era menos conocido, hay que reconocer que la política que los Estados Unidos persiguen en sus relaciones con Tito es una política que a la larga únicamente puede dar los resultados que se quieren conseguir con la «guerra fría», en la cual Tito representa un recurso estratégico. La política exterior de los Estados Unidos hay que valorarla en su conjunto y a la luz de las grandes directrices generales que determinan sus relaciones con el resto del mundo. Otra cosa es juzgar si estas directrices son acertadas. *A priori* es imposible formular un juicio. Ahora sólo podemos destacar la inmensa responsabilidad que los Estados Unidos tienen frente a Europa, y en particular frente a las naciones que ven apoyado a su opresor por ellos.

En aras de la objetividad, para el caso concreto de que tratamos es preciso plantear una pregunta: ¿Cuál es la posible alternativa? ¿Quién podría suceder a Tito si éste sucumbiera en la lucha con el Kominform? Estando las cosas como están, es imposible tomar en serio ni al ex rey Pedro ni a los varios grupos de emigrados, que gastan lo mejor de sus energías en polémicas estériles y que ya han perdido todo el contacto con las fuerzas vivas en el país. Al mismo tiempo, cualquier tentativa de constituir sobre el terreno una realidad política efectiva, capaz de sustituir a Tito, es una mera utopía. Con tales presupuestos, el Departamento de Estado no puede hacer otra cosa distinta de la que hace.

Hacer previsiones sobre el futuro es siempre ingrato. Pero se puede afirmar que Yugoslavia representará, sin embargo, un barómetro de la agresividad soviética en la nueva fase de la «guerra fría» en la que acabamos de entrar, después de que la política de apaciguamiento de los comunistas, sostenida hasta ahora por Acheson, parece haber definitivamente fracasado.

¿Es probablemente una agresión de la U. R. S. S. o de sus satélites contra Yugoslavia? Tito da la impresión de no tener tales temores, y en este sentido se ha expresado con un periodista extranjero. A propósito de esto, lo único seguro es que un ataque a Yugoslavia no podría quedar localizado y que sería insensato abrigar ilusiones sobre las posibilidades de resistencia de la FNRJ.

En esta época, cuando cada día puede traernos nuevas sorpresas, lo más importante sería que los dirigentes de los Estados Unidos tuvieran presente que sin un arreglo apropiado en el espacio danubiano-adriático es inútil contar con una paz duradera. Sin pensar seriamente en el futuro de aquellas regiones, nada les valdrían los actuales juegos tácticos, que ponen en serio peligro su prestigio. Es muy comprensible y natural que una gran potencia haga una política según sus propios criterios; pero sería indigno que millones de hombres fuesen tan sólo simples figuras de ajedrez en un juego macabro.

A. W.

Marzo, 1950.

II.-NOTAS Y CRONICAS INTERNACIONALES

